

UN THRILLER HISTÓRICO EN EL QUE DEBERÁS CONTENER
LA RESPIRACIÓN PARA SEGUIR CON VIDA

LA
MUERTE
QUE
RESPIRAS



LOLA P. NIEVA

Luxor, 30 de noviembre de 1925. Zaid Nasser, arqueólogo adjunto de Howard Carter, teme ser la novena víctima de la maldición de Tutankamón. Decidido a escapar del gélido aliento de la muerte, consigue unos antiguos legajos árabes y se introduce en la tumba con intención de anularla. Pero antes deberá viajar al pasado, al corazón de la antigua Tebas, para conocer el origen de la misma y encontrar las respuestas que pueden salvarle la vida.

Tebas, año 1327 a. C. dinastía XVIII. ¿De qué murió realmente el joven faraón? ¿Quién selló su tumba con una maldición? ¿Por qué matan a los escribas del templo de Amón? ¿Qué secreto intentan proteger? ¿Quién se esconde bajo la máscara de Anubis? ¿Por qué la muerte huele a tinta?

Un temible asesino siembra el pánico en Tebas y solo una mujer con la marca del escarabajo podrá detenerlo. La muerte no olvida un aliento, da igual las veces que nazcas.

¿Te atreves a respirarla?

*A mi madre, por su entrega absoluta, su comprensión infinita,
su amor incondicional.*

*Por todos y cada uno de los besos de buenas noches,
por esos despertares enérgicos sacudiendo el sueño a base
de palmadas y urgencia.*

*Por su entrañable preocupación. Por cada mirada tierna, por todas
las reprimendas, los consejos, los límites, los merecidos castigos.*

*Por su eterna paciencia, por su dulce dedicación, por sus desvelos,
sus mimos, su protectora presencia.*

*Por su infatigable disposición, su oídos prestos,
su conversación animosa.*

*A ti mamá, por impregnar mis recuerdos con tu esencia, por inundar mi
corazón de amor, y por sembrar mi alma de gratitud.*

Por todo eso y por mucho más, para mí ya eres inmortal.

En Egipto se llamaba a las bibliotecas «el tesoro de los remedios del alma». En efecto, curabase en ellos de la ignorancia, la más peligrosa de las enfermedades, y el origen de todas las demás.

JAQUES BÉNIGNE BOSSUET

Prólogo

Era ella, no había duda.

La había reconocido por el parecido con su madre.

La odiaba, porque por su culpa la había perdido.

Tenía que hacérselo pagar.

Ella, aquella cría insolente y altanera, era la culpable de no tener una madre. Sí, se dijo, merecía sufrir su mismo dolor. Miró un puñado de piedras que había apiñadas junto a una casa y pensó que un moretón por cada lágrima sería lo justo.

Se abalanzó hacia aquel montón de gujarros y, al levantar el primero, un escarabajo emergió de un hueco y saltó sobre su mano. El niño la sacudió aprensivo y el insecto cayó a la tierra panza arriba. Agitó sus robustas y peludas patas dentadas en un intento por girarse para continuar su huida. Y aquello lo subyugó. En ese cuerpo negro y brillante moraba el alma de su difunta madre. Nadie mejor que él lo sabía. Pues había visto cómo se había transmutado en aquel insecto.

Lo interpretó como una señal. Su madre aprobaba su particular venganza. Sonrió complacido.

Con la ayuda de una vara que encontró junto a la pila, ayudó al escarabajo a darse la vuelta y observó alborozado su trayectoria.

Iba hacia ella.

Volvió a mirar a aquella niña que jugaba jubilosa, ajena al drama que su sola existencia había provocado. Y entonces decidió multiplicar sus brazos.

Acudió a la pandilla de amigos con los que solía tramar sus tropelías y les propuso la travesura. Los convenció de la maldad de aquella cría, como si se tratara de uno de los demonios del *Amenti*. Y los condujo hacia el arsenal de piedras, alentándolos a ser letales.

Los acicateó con una arenga rezumante de odio, contagiándolos de su furia. Y la cuadrilla al completo se aprovisionó de guijarros para comenzar luego a rodearla.

Un moretón por cada lágrima vertida, se repitió mentalmente. Una sonrisa ansiosa estiró sus labios y la sola anticipación de su venganza le proporcionó un cosquilleo desconocido, tan placentero que hasta se relamió de gusto.

Él fue el primero.

Lanzó su piedra con toda la fuerza de la que hizo acopio, apuntando cuidadosamente al pecho. Ahí era donde más le dolía a él.

El brutal impacto la derribó.

Pudo oír un jadeo sobrecogido y luego un lamento dolorido.

Al descubrir la flor roja que comenzaba a teñir su túnica blanca y que se extendía en hebras deshilachadas, el gozo que lo invadió fue tan intenso como los chillidos de la cría.

Ya alzaba el brazo para dar la señal de ataque cuando apareció de la nada un chiquillo alto y escuálido de porte desgarrado. Corrió hacia la niña herida y le susurró algo al oído mientras la ayudaba a ponerse en pie.

—¡A por ellos!

Comenzaron a descargar una andanada tras otras. Y ante su sorpresa, aquel necio cubrió con su cuerpo a la niña mientras la guiaba hacia un angosto callejón del arrabal.

Redoblaron la fiereza de los lances, imprimiendo más ímpetu y premura a la ofensiva. El larguirucho salvador permaneció en la entrada de la calleja, bloqueándola. Ofuscado, atisbó cómo su presa corría veloz como una gacela perdiéndose en el laberíntico trazado de aquel suburbio.

El fracaso de su plan inflamó su furia contra aquel muchacho. Apenas se apercibió de que sus amigos ya no arrojaban guijarros. Porque el muchacho, ensangrentado y malherido, había caído de rodillas sobre la arena. A él no le importó.

Continuó lanzando sus piedras hasta que la gran mano de un adulto lo detuvo.

Sintió una violenta bofetada que le giró la cara.

—¡Ya basta, ese pobre infeliz está medio muerto!

—Él se lo ha buscado —rezongó huraño.

Dos mujeres corrieron a socorrerlo. El hombre que lo había abofeteado lo tomó en brazos y cargó con él calle abajo. Cuando pasaron por su lado, comprobó con regocijo el lamentable estado de su rostro.

Pensó en la fortuna de aquella maldita niña. Y se prometió consagrar su vida para atormentar la de ella.

Poco sabía en aquel momento de lo premonitorio que sería aquel deseo.

Capítulo 1

El elegido

1327 a. C., dinastía XVIII, reinado de Tutankamón

Pasear por Tebas, la gran urbe cosmopolita que abrazaba ambas riberas del Nilo, solía resultar una experiencia enriquecedora.

Selkis, hija del gran general de los ejércitos del joven faraón Tutankamón, el poderoso Horemheb, se sabía segura deambulando por las polvorientas callejuelas de la ciudad. Conocedora del poder de su padre y de los ojos protectores que la acechaban, se permitía la osadía de visitar el barrio de los esclavos, sabiéndose a salvo de peligros.

Pese al soleado día y a que la trepidante actividad de mercados y plazas bullía con igual alborozo, en los rostros de sus convecinos advertía tan claro como las aguas de su amado Nilo que en la gente, daba igual la casta, la sombra del temor oscurecía sus tostados rostros.

A pesar de que el faraón había contenido a los hititas en la frontera norte del reino, y devuelto a los sacerdotes de Amón la influencia y el poder que habían tenido antes de la revolución a manos de Akenatón, restaurando los templos abandonados de Amón, Osiris y Ptah, parecía que la fortuna los hubiera abandonado. Como si renegar del culto a Atón les hubiera acarreado una especie de maldición. Las cosechas se habían malogrado, la pesca agotado y la enfermedad paseaba indolente por aquellas calles, sesgando tantas vidas que la alerta de plaga había movilizado a los

médicos de la corte, en el estudio de aquel brote de fiebres letales.

Selkis observaba con preocupación las puertas cerradas de algunas chozas de adobe, marcadas con una línea roja, evidenciando el contagio, aunque más la angustiaba el sofocado llanto de niños tras ellas, toses y quejidos lastimosos.

Había ideado un ardid para sacar del palacio real la medicina y repartirla subrepticamente entre aquellas gentes.

Aquella arriesgada empresa la inquietaba. Un sudor perlaba su frente, y el *kalasiris*, su ligero vestido de lino blanco, se adhería a su acanelada piel acentuando sus sinuosas curvas. Decidió desprenderse de la capa corta que protegía sus hombros y su escote del implacable sol, a pesar de que las dos tenues tiras de níveo lino apenas cubrían sus senos, convirtiéndose así en el centro focal de lujuriosas miradas masculinas.

Se mordió el labio inferior ante la mirada reprobatoria del único hombre que en verdad le interesaba atraer.

Nun, hijo de cantero, se cruzó con ella y de inmediato bajó la mirada, no sin antes apreciar las turgentes curvas de sus pechos, entre arrobado y molesto.

Intentó esquivarla, pero ella se lo impidió. Aquel estrecho y solitario callejón agradablemente sombreado por las esterillas que unían una choza con otra le facilitó su meditada intención.

—Hola, Nun, precisamente a ti te buscaba.

Se sorprendió gratamente al comprobar que podía modular seductoramente su tono, confiriéndole el matiz provocador que pretendía, tal y como observaba en las complacientes sirvientas de la corte.

—Que los dioses guíen tus pasos, Selkis, aunque este arrabal no es sitio adecuado para la hija del poderoso Horremheb.

—¿Vas a reñirme de nuevo, mi buen Nun, cuando sabes de sobra que el objeto primordial de estos pasos es encon-

trar los tuyos?

Él alzó sus oscuros ojos, insondables como las aguas del Nilo en una noche sin luna, y tan penetrantes que su liviano *kalasiris* pareció evaporarse bajo el ardor de su mirada. Como siempre le pasaba cuando estaba junto a él, todo su cuerpo reaccionó ante su presencia, sus pezones se constriñeron anhelantes, su piel clamaba el solaz de sus caricias y sus labios temblaban suplicando un beso.

Paseó la lengua por ellos atrapando en ese gesto la candente atención del muchacho.

—Compruebo una vez más lo mucho que te place atormentarme.

Selkis negó con la cabeza, su bruna, larga y lacia melena se agitó en su vehemencia, y se aproximó a él con mirada tentadora.

—Te equivocas, Nun, eres tú el que se atormenta por voluntad.

El muchacho sacudió la cabeza exasperado, tomando aire lentamente, haciendo acopio de paciencia. En sus ojos brilló la contención.

—Te presentas aquí, medio desnuda, y te crees intocable por ser quien eres. Tientas a tu suerte y eso me enfurece. Oigo los comentarios de los hombres y tengo que mordirme la lengua y enfriar mis puños para evitar más rumores de los que ya hay.

—¿Rumores? —inquirió alzando asombrada las cejas.

—¿Acaso crees que ignoran lo que buscas de mí? Tus ojos son tan claros y ardientes como el sol del desierto que nos rodea.

Selkis bajó la mirada abochornada, no obstante, esa veta de rebeldía que siempre la había dominado se impuso a su pudor cuando volvió a alzarla. En efecto, ardía ante la viril presencia del hombre que robaba sus sueños. Ahí, frente a ella, tan gallardo, hermoso y cautivador que cortaba el aliento, encendía cada fibra de su ser con la ardorosa necesidad de poseerlo. Resultaba toda una tentación para los

sentidos despertando tan abrumador anhelo en ella, que había de colmarlo antes de que acabara con su juicio.

—¡Tómame, Nun, tan solo una vez, y aplaca el fuego que me devora desde que te conocí! —gimió suplicante, rozándose contra su pecho, posando las palmas de sus manos en el suave y lampiño pecho del hombre.

El esclavo la tomó por las muñecas y la apartó de él. Maldijo para sus adentros la férrea voluntad del muchacho, a pesar de que su mirada gritaba la misma necesidad que la de ella.

—¿Y caer en desgracia por permitirme tocar las estrellas una noche? —replicó en tono estirado y contenido—. Si solo yo cayera, habrías sido mía al primer pestañeo de esos mágicos ojos tuyos, pero toda mi familia perdería el favor del faraón, atrayendo sobre ella la ira de tu padre.

—Si somos cuidadosos —comenzó sugerente y esperanzada—, nadie tiene por qué saberlo.

Nun negó con la cabeza con mirada turbia y sufriente pero rictus decidido.

—Estás vetada para mí, Selkis, y nadie lo lamenta más que yo —confesó con hondo abatimiento—. Así pues, retorna tus pasos a palacio, te acompañaré hasta los *dromos* que flanquean el templo de Osiris.

La tomó del brazo con cierta hosquedad y, sin admitir ni una réplica más, la condujo apresuradamente fuera de los arrabales, entre estrechas callejuelas umbrías donde muros de adobe rojo conferían cierto frescor al sofocante calor de un mediodía abrasador.

Masticó compungida su derrota, al tiempo que maceraba obcecada la manera de gozar del favor de Osiris, a través de una ofrenda.

Sea como fuere, su visión debía cumplirse, en ella, Nun depositaba su semilla en su vientre, del que nacería un niño que sería uno de los más poderosos faraones de Egipto; que, además, Nun fuera tan deseable no hacía más que empujarla a su destino.

Llegaron en silencio a la avenida sitiada por imponentes imágenes vivientes, en la que altas y orgullosas palmeras agitaban sus hojas perezosamente, intercaladas entre los impasibles y adustos rostros de leones con cabeza humana. Más allá, el alto pilono de piedra caliza que precedía a la colorida entrada adornada con bellísimos jeroglíficos dejaba divisar los majestuosos portales del templo, tan altos como las palmeras que adornaban su entrada. Bruñidos en baño de oro y repujados con escenas del dios, refulgían ante ellos, como si manara del templo un halo dorado de la divinidad que encerraba.

A la derecha se abría la avenida con estanques y obeliscos que conducía al palacio real, y que a esa tórrida hora del día estaba sabiamente desierta.

Nun se detuvo, y con mirada severa tomó a Selkis por los hombros.

—Jamás yaceré contigo —aseveró ceñudo—. Y por el ultrajado Atón, padre de todos los dioses, te advierto que, si osas regresar a los arrabales, marcharé a Menfis con toda mi familia y nunca más volverás a verme.

—Si no regreso, tampoco te veré —puntualizó compungida.

—Ese es el destino que debemos respetar —concretó Nun apesadumbrado.

—No, nuestro destino es otro —insistió Selkis con lágrimas contenidas y mueca dolida—. Pero no sé cómo convencerte, mi buen Nun, pues tuve una revelación en un sueño que me persigue sin cesar cada noche. Hemos de gestar a un niño que será relevante en la historia de nuestro reino.

Nun la observó con un deje desilusionado y resopló con cierto hastío negando con la cabeza.

—Por eso me persigues... —rezongó decepcionado, con una mueca desdeñosa y ofendida en su faz—. Por un sueño.

Selkis se apresuró a negar con la cabeza, dio un paso hacia él, para comprobar desesperada cómo retrocedía mientras la fulminaba con la mirada.

—Bien —agregó el esclavo—, ya que no eres víctima del amor, ni parece que de la lujuria, te será más fácil olvidar tus desmanes y repetirte que los sueños sueños son.

—Te amo y te deseo, Nun —se precipitó a replicar alzando la voz, frustrada e impaciente—. Ese sueño me llevó hasta ti, mirarte a los ojos hizo el resto.

El muchacho negó dolido, su apuesto rostro se empañó con un oscuro velo de tristeza. Retrocedió de nuevo, lentamente, pero sin darle la espalda aún.

—No regreses, Selkis, no serás bienvenida. Mis ojos, mi boca y mi cuerpo se cierran a ti a partir de este instante.

Y dándose media vuelta con furiosa vehemencia, se marchó a la carrera, alejándose de su vista, de su vida y de su destino.

Selkis apretó determinante los puños y caminó a buen paso hacia el templo.

Al traspasar el macizo pilono de piedra, se refregó el rostro burdamente con los puños, intentando borrar las lágrimas que quemaban sus ojos, emborronando en ese gesto el *mesdemet* con que los maquillaba.

Se adentró en la agradecida penumbra del templo de Osiris, acostumbando sus ojos a la escasa luz que ornamentadas lucernas derramaban sobre el pétreo pavimento en dorados cercos. Sintió el agradable frescor de la piedra, el fragante incienso de los quemadores y los cánticos sofocados de los sacerdotes que guardaban en ese momento la estatua del dios.

Caminó reverencial por la sala hipóstila, sintiéndose apenas una hormiga entre el bosque de grandes columnas adinteladas de techumbre plana, rumbo al altar central, al *naos*. Sobre él, Osiris, de piel verde y semblante regio, con su corona *atef*, el cayado *heka*, el látigo *nejej* y el cetro *uas*, pareció fijar sus ojos en ella. A su lado, el pilar *dyed*, una

columna conformada con gavillas de grano atadas y policromadas, representaba la estabilidad de Osiris. Selkis inclinó la cabeza con solemnidad, arrodillándose a continuación frente a la imagen del dios. Extendió los brazos hacia Osiris y pronunció en apenas un hilo de voz su ruego, entregando como ofrenda su servidumbre mortal e inmortal.

Se incorporó y, tras una inclinación respetuosa de la cabeza, se dispuso a abandonar el templo, cuando de soslayo atisbó a un anciano que meditaba en una esquina del templo. Se trataba del oráculo. Sus pasos la llevaron inevitablemente hacia él.

—Necesito respuestas a un sueño que me persigue —comenzó sin ocultar su turbación.

El anciano, de ajada y tostada piel, cráneo rasurado, nariz aguileña y mirada vacua, asintió quedamente. Alargó los brazos y extendió las palmas de sus manos hacia ella. Selkis las tomó y fijó la vista en el ojo de Horus que el anciano llevaba pintado sobre su fruncida frente.

Tras un largo y silencioso instante, el oráculo asintió con firmeza, sus labios se estiraron en un mohín curioso y preocupado.

—Has sido elegida por Amón-Ra, señor del trono de las Dos Tierras, para un importante cometido —confirmó con voz rasgada—: salvar la vida de tu faraón; en caso contrario, caerás presa de una maldición.

Selkis frunció el cejo contrariada y confusa, agitando la cabeza en claro desacuerdo.

—Ese no es mi sueño —manifestó altanera—. El todopoderoso Tutankamón es velado por su escolta, cuidado por su esposa y su corte de médicos, y protegido por sus ejércitos. ¿Cómo podría yo, una simple súbdita, salvar su vida, que además no corre peligro alguno?

—Solo te digo lo que veo, muchacha. De uno de tus actos penderá la vida de tu faraón y el destino de Egipto.

—Pero... pero... ¿y mi sueño? —inquirió confusa—. ¿Y el hombre que amo?

El anciano negó rotundo con la cabeza y bufó exasperado.

—Tus deseos, muchacha, palidecen ante la magnitud de tu destino. Marcha, estate atenta a las señales que sin duda se te mostrarán y obra con juicio, es mucho lo que está en juego.

Selkis no replicó, asintió agradecida y arrastró sus pasos fuera del templo, con una pesada nube de oscura incertidumbre y desconcertado malestar pendiendo sobre ella.

Meditabunda e irritada, caminó hasta el palacio, donde su padre pasaba la mayor parte del tiempo junto al consejero real, el *chaty* Ay. Juntos gestionaban el imperio, haciéndole creer al joven Tutankamón que era él quien lo gobernaba, cuando en verdad solo era informado debidamente de hechos ya decididos y acontecidos por ellos.

En realidad, Tutankamón lo prefería, nada deseaba más para su pueblo que la paz y la estabilidad. Ya tuvo que luchar contra los hititas y devolver el poder a los sacerdotes de Amón para conseguirlo. Ahora solo gozaba del amor a su esposa, la dulce Anjesenamón, y de una plácida vida sin complicaciones; ambos habían perdido dos hijas prematuras, como si el renegado Atón los hubiera maldecido, y solo se tenían el uno al otro. Tutankamón amaba profundamente a su esposa, ella era el centro de su vida y en ella se apoyaba diariamente. Pues, a pesar de su juventud, su cuerpo era anciano, caminaba con bastones, aquejado de una terrible dolencia ósea que lo que recluía en sus aposentos: rara vez salía de palacio.

Selkis pasó la tarde deambulando sin rumbo, dándole forma a la idea que emergía de su cabeza. Una medida desesperada pero necesaria, pensó mordiéndose el labio inferior nerviosa. La hermana pequeña de Nun, Acenath, estaba enferma de fiebres, como tantos otros niños de los arrabales. Ella les llevaría el remedio, que disolvería en una tinaja de agua y les daría a beber a los enfermos, pero solo a los niños. Quizá de esa manera, Nun suavizaría su actitud